

Editorial

Festival en la cuerda floja

Lo que parecía una buena noticia para Coyhaique —poner a la ciudad en pantalla nacional durante tres noches— hoy está en pausa por una razón menos vistosa, pero decisiva: cómo se hacen las cosas en el Estado.

El golpe no viene por un escándalo ni por recursos mal utilizados. Viene por algo más incómodo: la forma. Y ahí está el primer problema de fondo. En Aysén, donde cada oportunidad de visibilidad cuesta años de gestión, los proyectos no suelen caer por falta de impacto, sino por debilidades en su diseño administrativo. La región logra abrir una ventana al país, pero no alcanza a asegurar que esa ventana se mantenga abierta.

Segundo punto: la insistencia en atajos. No es la primera vez que en Coyhaique —ni en otros municipios de la región— se opta por mecanismos cuestionables, aunque sean más rápidos o políticamente rentables. El trato directo o los “convenios de colaboración” mal encuadrados terminan siendo una apuesta riesgosa. Y lo preocupante no es solo que se repita, sino que se haga aun sabiendo que puede fracasar. Aquí no hay ingenuidad: hay decisiones conscientes que subestiman el costo de que la Contraloría intervenga.

Tercero, y quizás más relevante: la tensión entre norma y desarrollo es real, pero está mal planteada. No se trata de elegir entre cumplir la ley o impulsar iniciativas para la región. Esa dicotomía es falsa y, peor aún, peligrosa. Cuando se instala la idea de que el progreso depende de “flexibilizar” las reglas, lo que se hace es debilitar la base institucional que justamente protege a territorios como Aysén de arbitrariedades mayores.

La pregunta de fondo no es si se perdió una oportunidad. Es por qué las oportunidades en la región siguen dependiendo de estructuras frágiles. Porque si un proyecto relevante puede caerse en diez días por un vicio de origen, entonces el problema no es la Contraloría: es la forma en que se están empujando las iniciativas públicas.

Hay un efecto concreto que no se puede ignorar. La visibilidad nacional no es solo un tema simbólico. Impacta en turismo, en inversión, en autoestima territorial. Que Coyhaique haya logrado instalarse en la conversación país no es menor. Pero ese logro, sin respaldo administrativo sólido, se vuelve efímero.

Aquí aparece otra tensión silenciosa: la urgencia regional versus los tiempos del Estado. Desde Aysén, muchas veces se empuja con apuro porque las oportunidades son escasas. Pero ese apuro no puede transformarse en improvisación. Si cada avance se construye sobre bases débiles, la región queda atrapada en un ciclo de entusiasmo corto y frustración larga.

La responsabilidad ahora no es solo defender lo hecho, sino explicar por qué se hizo así. Y más importante aún, corregir el rumbo. Porque el verdadero desarrollo regional no se juega en un evento televisado, sino en la capacidad de sostener proyectos en el tiempo sin que se desmoronen ante la primera revisión legal.

El riesgo no es perder un festival. El riesgo es acostumbrarse a que en Aysén las buenas ideas siempre tambalean justo cuando empiezan a despegar.